

CÓMO HACER UNA BIBLIOTECA SIN MUROS:
POLÉMICAS, COMUNIDADES Y REPRESENTACIONES
EN TORNO A LA *BIBLIOTHECA MEXICANA* (1755)
DE JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN

HOW TO BUILD A BIBLIOTHECA WITHOUT WALLS:
POLEMICS, COMMUNITIES AND REPRESENTATIONS
AROUND THE *BIBLIOTHECA MEXICANA* (1755)
BY JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN

José Francisco Robles
University of Washington

RESUMEN

Este artículo examina la historia de la redacción de la obra bio-bibliográfica *Bibliotheca Mexicana* (1755) del teólogo novohispano Juan José de Eguiara y Eguren y su impacto en la comunidad letrada del virreinato. Nacida como una respuesta ante los prejuicios de un erudito español sobre la producción del saber en el Nuevo Mundo, el trabajo de Eguiara pretendió contestar a estos ataques mediante un catálogo de autores y obras realizadas en la Nueva España, en cuya confección participaron colectivamente distintos miembros de la comunidad letrada virreinal. El artículo propone que el trasfondo y desarrollo de este trabajo reivindicativo de las letras novohispanas fue clave en el proceso de reconocimiento, en especial por parte de los escritores criollos, de la existencia de una república literaria en el virreinato como parte de una comunidad letrada global.

PALABRAS CLAVE

Bibliotheca Mexicana, Eguiara y Eguren, república de las letras, Nueva España, siglo XVIII.

ABSTRACT

This article examines the history of the writing of the bio-bibliographical work *Bibliotheca Mexicana* (1755) by New Spain theologian Juan José de Eguiara y Eguren and its impact on the viceregal community of scholars. Originating as a response to the prejudices of a Spanish learned man towards the knowledge production of the New World, Eguiara's work aimed to reject such attacks by constructing a catalog

of authors and works produced in New Spain, the elaboration of which involved the collective participation of many members of the lettered viceregal community. This article proposes that both the background and development of this defense of New Spain's literary production played a key role in the process of recognition—especially among criollo writers—, of the existence of a literary republic in the viceroyalty as part of a global community of scholars.

KEYWORDS

Bibliotheca Mexicana, Eguiara y Eguren, republic of letters, New Spain (viceroyalty), eighteenth century.

Con la aparición en 1755 del primer volumen de la inconclusa obra bio-bibliográfica *Bibliotheca Mexicana*, su autor, el teólogo Juan José de Eguiara y Eguren, completaba una primera fase compilatoria de la producción letrada de la Nueva España.¹ Escrita en latín y dedicada al rey Fernando VI; el trabajo de Eguiara reunió las obras de autores laicos y de aquellos pertenecientes a órdenes religiosas con la finalidad de responder a los ataques provenientes de España, que suponían que en el Nuevo Mundo no existían ni sujetos ni instituciones dedicados al cultivo del saber. Para cumplir con este objetivo, Eguiara se propuso notificar este proyecto erudito a diversos letrados tanto del virreinato como de las provincias que caían bajo su jurisdicción, quienes, colectivamente, le enviaron sus informes bibliográficos que hicieron posible la confección de la obra. Mediante esta recopilación de autores y títulos, la *Bibliotheca Mexicana* no sólo demostraba que en el virreinato se cultivaba el saber, sino también que había una amplia red de comunicación entre la comunidad letrada.

La historia de este trabajo bio-bibliográfico es, asimismo, la historia de una idea reivindicatoria: a pesar de lo que creían algunos en España, en el más importante

¹ El título completo en el original latino es el siguiente: *Bibliotheca Mexicana sive eruditorum historia virorum qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studii asciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt: eorum praesertim qui pro fide catholica et pietate amplianda fovendaque, egregie factis et quibusvis scriptis floruerunt editis aut ineditis. Ferdinando VI Hispaniarum Regi Catholico, Nuncupata*. Agustín Millares Carlo lo traduce en castellano como *Biblioteca Mexicana o sea historia de los varones eruditos que habiendo nacido en la América septentrional o visto la luz en otros lugares, pertenecen a ella por su residencia o estudios y escribieron alguna cosa no importa en qué idioma; y en especial de aquéllos que se han destacado por sus hechos insignes o por cualquier clase de obras, impresas o inéditas, encaminadas al progreso y fomento de la fe y piedad católicas* (Eguiara, 1996: 206). Millares Carlo también hace un recuento detallado de la vida personal e intelectual de Eguiara, quien era, además de teólogo, canónigo de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, calificador del Santo Oficio y miembro de la congregación oratoriana de San Felipe Neri (223-245).

virreinato del Nuevo Mundo existía una activa república literaria con sus habitantes, obras e instituciones dedicados a la producción de conocimiento. Con el objetivo de examinar la historia de las ideas detrás del nacimiento de la *Bibliotheca Mexicana*, este artículo considerará una serie de puntos: las primeras respuestas en el virreinato ante los prejuicios de algunos eruditos españoles sobre el cultivo del saber en el Nuevo Mundo; la gestación de este proyecto; la manera en la que algunos escritores novohispanos reflexionaron sobre la república literaria virreinal; y el papel que jugó la *Bibliotheca Mexicana* dentro de la comunidad letrada. No obstante, antes de pasar adelante, conviene precisar que esta historia doble —la de la reivindicación y la del proyecto bibliográfico— comienza casi un siglo antes de la publicación de la obra.

Dos cartas españolas

Uno de los hombres de letras más reconocidos en la España del seiscientos, el bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio, remitía desde Roma en septiembre de 1663 una carta a un amigo, el bibliófilo y jurista Juan Lucas Cortés, con el objetivo de felicitarlo por la obtención de un cargo en la burocracia madrileña.² Antonio mostraba en esa epístola su alegría por la feliz noticia que Cortés le había comunicado poco antes y también su alivio por saber que su amigo no necesitaría cruzar el océano para obtener un puesto en el aparato administrativo del Nuevo Mundo. Como se verá, Antonio no sólo consideraba a América como una región lejana desde el punto de vista geográfico, sino, sobre todo, desde una perspectiva intelectual: para el bibliógrafo sevillano, cruzar el océano significaba un destierro de la república literaria, un paso al inframundo, donde el oro y no el saber era el centro de la virtud. Como explica a Cortés, las tierras del Nuevo Mundo no serían “sino para hombres que quieran ir a sepultarse en un olvido de todo lo virtuoso i precioso de Europa, teniendo por precioso solamente i por virtuoso el oro que dà aquella tierra” (2).

Las palabras que siguen no son menos entusiastas sobre el panorama cultural que, de acuerdo con Antonio, Cortés hubiera encontrado al otro lado del océano. El bibliógrafo asegura que sus habitantes, a quienes llama “aquellos miseros desterrados del otro mundo”, carecían de dos cosas fundamentales para quienes se interesaban en el saber: “comunicacion de los literatos, i manejo de las obras del entendimiento”. Hacia el final de este pasaje, Antonio le indica a Cortés que, gracias a la fecundidad intelectual que vive Europa (“de que tan fecundo es mayormente hoy, el suelo desta parte del mundo antiguo”), no es necesario “que vaya a tratar con Indios, sino solo

² Sobre el trabajo de Cortés como miembro de la burocracia madrileña y los distintos cargos que ocupó pueden consultarse los artículos de Gregorio de Andrés (11) y de Miguel Ángel González de San Segundo (581-582).

para averiguar de las Indias quando aya de aplicarse a cosa dellas” (2-3). Esto es lo que el propio Antonio hará muy pronto en una de sus obras bibliográficas, la *Bibliotheca Hispana nova* (1672). En ella, incluyó información sobre obras escritas o publicadas en el Nuevo Mundo sin jamás haber cruzado el océano, para lo cual consultó, entre otros trabajos bibliográficos, el *Epítome de la biblioteca oriental i occidental, náutica i geographica* (1629), escrita por un “indiano”, el criollo peruano Antonio de León Pinelo.

Muchos años más tarde, poco después de que el polígrafo valenciano Gregorio Mayans y Siscar publicara la correspondencia de Antonio en 1733, esta epístola fue materia de discusión y rechazo por parte de los letrados americanos, especialmente por los de la capital del virreinato de la Nueva España (como se verá adelante). No obstante, la lapidaria opinión de Antonio sobre el mundo intelectual americano tuvo varios seguidores. Uno de ellos, el helenista y anticuario valenciano Manuel Martí, deán de la catedral de Alicante, escribió una carta latina de amplia repercusión en la Nueva España, mucho más que la de Antonio. Martí incluyó esta epístola —la decimosexta del séptimo libro, fechada en Roma el 4 de mayo de 1718— en su *Epistolarum libri duodecim* (1735), publicado también por Mayans dos años después de la aparición de la correspondencia de Antonio y dos años antes del fallecimiento del deán. En ella, Martí aconsejaba a su pupilo Antonio Carrillo no ir a América por las razones que expresa en uno de sus pasajes:

¿Cómo es que vas a residir entre los indios, en un desierto de cultura tan vasto? ¿A quién acudirás, no diré ya a un maestro, con cuyos consejos puedas instruirte, sino simplemente a alguien que te escuche? No diré a un sabio, sino a alguien deseoso de saber. Te lo diré más claro: alguien que no aborrezca las letras. ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas frecuentarás?³

Para Manuel Martí, las únicas culturas importantes eran las de las antiguas Grecia y Roma, y los únicos estudios que valían eran los dedicados a ellas. Desde muy temprana edad, se había abocado a la lengua y filosofía clásicas, despreciando, de acuerdo con Antonio Mestre, el latín macarrónico y escolástico enseñado en la Universidad de Valencia a finales del siglo xvii (47). Si bien su carta muestra claramente su escepticismo acerca de la existencia de una república literaria en el Nuevo Mundo, esta actitud estaba enmarcada por su crítica al desarrollo del conocimiento en el mundo hispánico en general. Según el deán, España sufría por entonces la decadencia de los

³ La cita original de Martí en latín es la siguiente: “Quo te vertes apud Indos in tam vasta literarum solitudine? Quem adibis, non dicam magistrum, cujus praeceptis instituaris, sed autionem? Non dicam aliquid scientem, sed scire cupientem. Dicam enucleatius: a literis non abhorrentem? Ecquosnam evolves codices? Ecquas lustrabis Bibliothecas?” (38-39). La traducción de este pasaje se encuentra en un artículo de José Carlos Rovira (611-612).

studia humanitatis, es decir, la de aquellos estudios iniciados con el movimiento renacentista dedicados a las ciencias humanas, como la retórica, la poética, la gramática, la filosofía y la historia (Mestre: 17). Por este motivo, Martí decidió en los últimos años de aquel siglo, en 1686, marcharse a Roma, donde profundizó sus conocimientos del latín, además de adquirir los de la lengua griega.

Precisamente, Martí recomienda a su pupilo Carrillo —un poco más adelante en la carta— dejar de lado sus intenciones de residir en el Nuevo Mundo e ir a Roma, “el lugar más adecuado a tu talento, tu ingenio y tu plan de vida” (Rovira: 612), tal como para él lo había sido. En esta ciudad, el anticuario había encontrado un estilo de vida ideal, rodeado por aquel verdadero museo abierto, por los libros clásicos y por un sinnúmero de amistades con las que compartió los mismos intereses.⁴ Tal como pensaba el deán y quizá buena parte de los letrados peninsulares, América, dependiente política y, en gran medida, culturalmente de España, no sería más que un reflejo de los vicios de la metrópoli. Ignacio Osorio Romero también comprende las palabras del deán desde este contexto, pues más que ser lo de Martí un anti-americanismo era la demostración de un sentimiento de amargura por el estado general de la cultura humanística en el mundo hispánico (1983: 42). Sin embargo, Martí volvería a España algunos años más tarde, despertando de su sueño romano y enfrentándose con lo que él sintió un verdadero desierto cultural comparado con la riqueza itálica. Volvió a Roma brevemente entre 1717 y 1718, en cuya estadía escribió la carta a Carrillo que tuvo un gran efecto en el virreinato novohispano. Como se verá, diversas obras mencionaron y atacaron esta epístola considerada ofensiva para el mundo de las letras virreinales.

Osorio Romero afirma que uno de los primeros en contestar las expresiones de Martí fue el protomédico Juan Gregorio de Campos y Martínez en su oración inaugural de los cursos de la Real Universidad de México en 1745, la cual publicaría en 1746 bajo el nombre de *Oratio apologetica* (1989: 169). No sólo Campos y Martínez comenta la carta de Martí y la trata como un discurso vacío y engañoso o, como escribe, “oratio vana [...] ac fallax” (2), sino también los autores de los preliminares de esta obra. En su dedicatoria al rey Felipe V, el entonces rector de la universidad mexicana, Ignacio Rodríguez Navarrijo, cita con manifiesto desagrado los pasajes de la carta de Martí; lo propio hace el autor de una de las censuras, el jesuita Juan Francisco López, y el del dictamen, el también jesuita Mateo Delgado. Esta respuesta de Campos y Martínez, acompañada por la dedicatoria al rey por parte del rector, por la censura y el dictamen, muestra que la epístola del deán no fue un asunto menor en la Nueva España: refutarla era un tema de interés para las cúpulas académicas.

⁴ Como señala Yolanda Gil Saura, Martí y algunos helenistas italianos, como el jurista Gian Vincenzo Gravina, habrían participado de L'Accademia dell'Arcadia, círculo de letrados que trató de imponer en Europa la estética clasicista (56).

Junto con *Oratio apologetica* hubo más respuestas. Para muchos literatos novohispanos que se involucraron en esta reivindicación detrás de la visión de Martí sobre América estaba la de Nicolás Antonio. Ernesto de la Torre Villar, por ejemplo, señala que el dominico Juan de Villa-Sánchez tuvo conocimiento de la carta de Antonio antes de 1744 (1993:142). Ese mismo año, Villa-Sánchez terminaba una obra ajena, la del también dominico Antonio López Cordero, llamada la *Vida de la esclarecida virgen dulcísima esposa de N. Señor Jesu Christo, Santa Inés de Monte Policiano* (1744). En algunos capítulos escritos por Villa-Sánchez, éste defiende los ingenios de la ciudad de Puebla y refuta lo dicho por Martí, percibiendo que sus expresiones provenían de la correspondencia de Antonio con Cortés.⁵ Al seguir el camino de las réplicas en contra del bibliógrafo sevillano y de Martí, se descubre que en el “Parecer” de *Escudo de Armas de México* (1746) de Cayetano Cabrera y Quintero se reafirma el malestar de los criollos de la Nueva España provocado por ambas epístolas.⁶ El autor del “Parecer”, el abogado Joseph de Mercado, critica sin piedad al deán, a quien define irónicamente como “eruditissimo en todo lo que no sea noticia de las Indias”.⁷ Un poco más adelante, señala a Antonio como el antecedente de estas injuriosas palabras en contra del saber de los americanos, pues, “hizo entender à su secuaz D. Manuel Marti, que en las Indias se comerciaban todas Mercaderias, menos Libros”, a pesar de que “desde su descubrimiento”, agrega, “se ha propagado numerosissima la Republica literaria”.

Estos reclamos, dispersos en distintas obras, irán tomando con el tiempo una forma más definida. La negación de una república literaria en el Nuevo Mundo por parte de algunos intelectuales españoles, como Antonio y Martí, no detuvo la marcha de los escritores novohispanos ni aplacó sus deseos de integrarse a la república literaria universal. Este desprecio se presentó como una gran oportunidad para conformar nuevas, o bien, reforzar las ya existentes redes académicas entre los intelectuales del virreinato en contra de este ataque venido del otro lado del Atlántico. Mediante esta comunicación, los letrados novohispanos buscaron demostrar sus méritos literarios y construir una imagen o semblanza de una república literaria propia. La *Bibliotheca*

⁵ En otro trabajo, Torre Villar transcribe algunos pasajes de esta obra que demuestran la lectura de las cartas de Antonio por Villa-Sánchez y también por López Cordero (1986: cccxvi-cccxviii). Roberto Heredia Correa también cita diversos pasajes del capítulo xxvii de esta obra, en el que Villa-Sánchez refuta las palabras de Martí (88-91).

⁶ En esta obra guadalupana, Cabrera y Quintero narra la providencial protección de México por parte de la virgen de Guadalupe ante la epidemia de *mattazahuatl*, gracias a las procesiones llevadas a cabo en las ciudades y pueblos del virreinato, especialmente en la Ciudad de México. Esta enfermedad, cuyos síntomas eran granos o erupciones cutáneas, fiebre, inflamación de ganglios y hemorragias, se había propagado por diversas regiones del virreinato entre 1736 y 1739, y su sintomatología todavía era materia de discusión (Fields: 80; Molina del Villar: 23; Cuenya Mateos: 143-144; Guedea: 179).

⁷ Las páginas del “Parecer” de Mercado están sin numerar.

Mexicana de Juan José de Eguiara y Eguren —paradójicamente inspirada de forma parcial en la obra bibliográfica *Bibliotheca Hispana nova* de Nicolás Antonio— fue el punto de reunión de todas estas reivindicaciones que nacieron como réplicas en contra de la carta de Antonio y la de Martí.

El nacimiento de una *bibliotheca*

Como sugiere Roger Chartier, la imposibilidad de reunir todo el conocimiento en un mismo lugar —el espacio físico de una biblioteca “con muros”— llevó a algunos humanistas a crear bibliotecas “sin muros”, es decir, bibliografías o *bibliothecae*, pues una biblioteca de todos los libros publicados no podía ser sino ficcional o, en el mejor de los casos, limitada dentro de la dimensión de un trabajo bibliográfico (88). Así, las bibliotecas “sin muros” fueron el resultado de la tensión humanística y universalista de los hombres de letras de la primera modernidad. Según Claude Crstin, este tipo de obras bibliográficas habría nacido en el Renacimiento con el trabajo de Conrad Gesner, titulado *Bibliotheca universalis* y publicado en 1545 (31).⁸ En España y sus territorios, esta búsqueda por compilar títulos no fue diferente.

De acuerdo con el *Diccionario de autoridades* (1726), una *bibliotheca* —en su segunda acepción— es un libro que refiere “todos los Escritores de una Nación que han escrito obras, y las que han sido, de que tenemos en España la singular y tan celebrada de Don Nicolás Antonio”. Como señala María Cristina Torales Pacheco, una *bibliotheca* era un verdadero inventario del conocimiento directamente conectado con la vida y trayectoria intelectual de los letrados que se reseñaban en sus páginas (497-498). En el mundo hispánico, las obras de Antonio (el modelo para el *Diccionario de autoridades*), además de otras anteriores, como el *Epítome* de León Pinelo, fueron continuadoras de esta tradición que Eguiara, a su vez, extendió a México con la publicación de la *Bibliotheca Mexicana*.⁹

Si bien la obra de Eguiara siguió un camino ya previamente trazado por otras bibliografías, fue también novedosa para el mundo hispanoamericano: consignó, de manera exclusiva, tanto a los escritores nacidos en la Nueva España y en las provincias dependientes de su gobierno como a los avecindados en el virreinato. Tiene más de tres mil entradas (de las que sólo se publicaron en vida del autor algo más de setecientas, correspondientes a las letras A, B y C), ordenadas alfabéticamente por el nombre del escritor —tal como lo había hecho Antonio en la *Bibliotheca Hispana*

⁸ Sobre la historia de las bibliografías y la historia cultural, los trabajos de Luigi Balsamo (3) y Archer Taylor (47-59) ofrecen un buen panorama.

⁹ Estas dos obras, además, formaron parte de la biblioteca personal de Eguiara, junto con menologios y bibliografías de órdenes religiosas, según Torales Pacheco (507).

nova— y también de las instituciones eruditas erigidas en los territorios novohispanos.¹⁰ Como ha dicho Chartier, estas imponentes bibliografías, junto con los diccionarios y las enciclopedias, constituyeron una parte importante de los emprendimientos literarios de la imprenta dieciochesca (67). El trabajo de Eguiara, aunque inconcluso, fue una de esas grandes empresas del siglo, y la primera con estas características llevada a cabo en la Nueva España.

Para comenzar su tarea de refutar las expresiones de Martí, Eguiara encargó una imprenta desde España destinada especialmente a la impresión de su obra bio-bibliográfica, de la cual tomará el nombre su oficina.¹¹ El valor de este proyecto para Eguiara no sólo puede verse en el hecho de importar una imprenta para llevar a cabo su empresa; la suma relevancia que para él tenía hizo que renunciara en 1752 al cargo para el cual había sido electo, el de obispo de Yucatán. En la carta que escribe al rey para rechazar cortésmente tal nombramiento, Eguiara aduce razones de salud y su deseo por terminar el trabajo compilatorio “en que he puesto algunos años de estudio [...] fomentando y honrando sujetos por virtud y letras muy ilustres” (Medina: ccxxix).

Mediante la *Bibliotheca Mexicana* Eguiara pretendió hacer visibles los trabajos de los escritores novohispanos y resaltar sus virtudes intelectuales, las cuales demostrarían la existencia de una república literaria virreinal y su pertenencia a un orbe letrado global. Por este motivo, su trabajo compilatorio, más allá de ser concebido principalmente como una bio-bibliografía, fue una de las obras fundamentales de las letras dieciochescas del virreinato. Su objetivo fue comenzar un rescate de la producción intelectual mexicana como una tradición intelectual propia, como han señalado Anthony Higgins (2000: 23) y Antonio Rubial García (365). A través de estas operaciones, Eguiara, como un arconte o guardián de las letras virreinales, intentó formar una memoria intelectual del pasado y del presente.

A pesar de que Eguiara no llevó a cabo su esfuerzo compilatorio con la finalidad de responder a la carta de Antonio, el bibliógrafo novohispano conocía sus opiniones cuando escribió la aprobación del poema guadalupano de la poeta novohispana Ana María González y Zúñiga, llamado *Florido ramo, que tributa en las fiestas de María Santísima de Guadalupe la Imperial Corte Mexicana* (1748).¹² Allí, Eguiara da cuenta de las pala-

¹⁰ Este tipo de orden alfabético también se encuentra en otras bibliografías y, posteriormente, en los diccionarios y enciclopedias (Headrick: 160).

¹¹ No sólo se imprimió esta obra en su oficina —que Eguiara bautiza con el nombre de Nueva Imprenta de la *Bibliotheca Mexicana*—, pues desde 1753, año en que comienzan sus actividades, salieron de sus prensas diversos trabajos bajo la dirección del teólogo hasta su muerte en 1763. José Toribio Medina estima que, en 1787, la imprenta fue adquirida por el impresor José de Jáuregui y mantuvo su nombre hasta 1774 (clxxiii-clxxiv).

¹² Torre Villar supone que Eguiara no habría podido conocer la carta de Antonio para el tiempo de la publicación de la *Bibliotheca Mexicana*. El estudioso piensa que esta corresponden-

bras tanto de Martí como de Antonio; y alaba lo que denomina las naturales virtudes de los criollos “en todo genero de Estudios, Ciencias, y Facultades”, así como las de la poeta en particular, quien pudo escribir sus versos “sin oír Maestros, sin revolver Bibliothecas, ni frequentar Academias”; aclara que esto último no se debió a la falta de instituciones dedicadas al saber, sino —lo dice sin rodeos— “por ser estos empleos agenos de su sexo”:

No porque en nuestra America falten Academias, carescamos de Bibliothecas, dexemos de tener Maestros; (como soñò, y escribiò mal despierto D. Manuel Marti, y avia dicho el citado D. Nicolàs Antonio nueve años antes de imprimir su Bibliotheca *Hispana nova*, fecha que solo puede librarlo de contradecirse à sí mismo, pues en esta Obra refiere y alaba muchissimos Escritores y Maestros Americanos) que por bondad de Dios tenemos tanto de todo, que apenas pude apuntar una ù otra flor en la larga Dedicatoria latina, que no hà mucho imprimì en obsequio de Nuestra Real Universidad de Mexico, y no espero numerarlas todas en los Tomos de la Bibliotheca Mexicana.¹³

En este fragmento de la “Aprobación”, queda en evidencia el conocimiento de Eguiara, de manera directa o indirecta, de la carta de Antonio. Más mesurado que los otros miembros de la república literaria novohispana, el bibliógrafo disculpa a su par sevillano por sus dichos, fruto de la ignorancia que, más tarde, supuestamente disiparía al confeccionar la *Bibliotheca Hispana nova*. Además de este punto de interés del preliminar, cabe destacar otros: las referencias a una dedicatoria latina a la universidad mexicana —de la que sería nombrado rector hacia 1750— y a su obra bibliográfica, la cual menciona como si ya fuera un proyecto conocido para sus lectores.

El proyecto bio-bibliográfico de Eguiara se había anunciado casi un decenio antes de su publicación. Las páginas de esa “Dedicatoria latina” a la que se refiere (publicada en 1746) sirvieron como escenario para dar a conocer esta novedad literaria al mundo novohispano. Mientras Eguiara comenzaba a preparar la *Bibliotheca Mexicana* en la cuarta década del siglo XVIII, escribía y daba a la imprenta una obra teológica de la que sólo apareció el primer tomo, tal como ocurrió con la bibliográfica. Este trabajo se tituló: las *Selectae Dissertationes Mexicanae* (1746), cuya dedicatoria a la uni-

cia de Antonio fue publicada en 1755 por Mayans en la imprenta de los hermanos Tournes en Lyon, por lo que resulta difícil, si no imposible, que llegara a manos de Eguiara recién salida de la imprenta mientras él imprimía su obra en México aquel mismo año (1986a: cccxiv; 1986b: ccxxv). Pero, en realidad, el año de su primera edición fue 1733 —como mencioné líneas atrás— más de veinte años antes de lo que afirma de la Torre Villar. El lugar también fue la ciudad de Lyon, pero la casa impresora fue otra, la oficina de los hermanos Deville.

¹³ Las páginas de esta aprobación se encuentran sin numerar. Eguiara también dedica a esta autora una entrada en la *Bibliotheca Mexicana* (1755: 153).

versidad mexicana es, precisamente, aquella “Dedicatoria latina” que Eguiara había mencionado en la aprobación de la obra de González y Zúñiga. En un pasaje de esta elogiosa dedicatoria a dicha institución, el bibliógrafo y teólogo explica los avances de su trabajo compilatorio:

[...] cuantos escritores egregios, academia sapientísima, hayas producido, de aquí puede conjeturarse fácilmente, porque, habiendo reunido hasta hoy en un repertorio casi dos mil autores de la América Septentrional, mientras preparo una *Biblioteca Mexicana*, y aguardando de día en día reunir otros, con tal que Dios me dé ocio y haya fuerzas para tan vasta obra, al revisar las bibliotecas y archivos, y al escudriñar otros monumentos de este género, lo cual comencé desde hace un trienio, de ellos vindicarás para tí la mayor parte (1993: 55).

En este preliminar a su obra teológica, Eguiara muestra no sólo el avance de su trabajo que publicará en 1755, sino también la importancia de la “Regia y Pontificia Universidad Mexicana”, a quien dirige la dedicatoria, como productora de ingenios y centro de las actividades letradas novohispanas. Esta institución —a la que llama en latín “Academia Mexicanensis”— será, además, la merecedora de la primera entrada de la *Bibliotheca Mexicana*, lo cual expresa la relevancia que tenía para Eguiara y los letrados novohispanos (1755: 1-11). No podía ser de otra forma: como dice Eguiara en esta entrada, ella sería la cuna, “cabeza y principio” de la “República de las Letras de nuestra América” (2003: 133), el lugar en el que nacerían y se desarrollarían los intelectuales, “cada uno guarnecido con sus armas, esto es, los escritos, con que todos singularmente acorazados rodean a Minerva en manifiesta esclavitud” (2003: 140). Por ello, no es raro encontrar citados en la dedicatoria de las *Selectae Dissertationes Mexicanae*, como respaldo a esta visión de la universidad, algunos famosos versos de *Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo de Balbuena, en los cuales se alaba a los intelectuales de la ciudad: “Aquí hallará más hombres eminentes,/ en toda ciencia y en todas facultades” (Eguiara, 1993: 76). De tal modo, la universidad representa para Eguiara una segunda grandeza, la de las instituciones educativas virreinales en donde participan activamente los letrados novohispanos.

Otro punto a destacar de las *Selectae Dissertationes Mexicanae* corresponde al identitario, pues Eguiara firma como “mexicano” en su portada; no obstante resulta más significativo que este trabajo, a pesar de la firma y el título, no está dedicado a temas mexicanos, pues es un tratado en el que se reúne lógica y metafísica, como ha señalado Mauricio Beuchot (vii). De manera que la dedicatoria latina no es precisamente una introducción a la obra teológica, sino una contextualización de ese escrito en la realidad intelectual novohispana desde una perspectiva diferente de la que pintaban algunos eruditos españoles, como Antonio y Martí. En la dedicatoria también se encuentra una primera muestra o anuncio de su posterior catálogo de autores, aunque aquí se hallan organizados de acuerdo a la orden religiosa a la que pertenecían

(1993: 64-70). Este primer apunte de Eguiara, a modo de ensayo preliminar para un compendio de sabios novohispanos, ayuda a entender lo que con posterioridad hará en su *bibliotheca*. Todo ello indica que Eguiara tomó tiempo, años, para afinar su ataque en contra de Martí, pues en esta dedicatoria a la obra teológica sólo se limita a dejar claramente establecido el enorme número de doctos que pueblan la universidad novohispana, el “templo de la Minerva”, prometiendo reunir otros para su obra puesta ya en marcha (1993: 70-73). Por lo tanto, es posible asegurar que la *Bibliotheca Mexicana* venía ya gestándose desde antes de la publicación de las *Selectae Dissertationes Mexicanae* en 1746.

¿Una historia literaria?

Como se ha visto, la aparición de la obra bio-bibliográfica de Eguiara representó la elaboración de un proyecto intelectual mayor. Mediante este proyecto, el bibliógrafo se propuso reunir, por un lado, buena parte de la producción local de conocimiento; por otro, gracias a la inclusión de un largo prólogo dividido en veinte secciones o *anteloquia* (como las llama en latín), cumplió con una suerte de bosquejo histórico de la producción intelectual de la Nueva España para mostrarlo a la república literaria del mundo. En ese prólogo, Eguiara trató varios puntos, a través de los cuales destacó el desarrollo intelectual en la era precolombina, defendió el mundo cultural de los criollos y, finalmente, articuló una suerte de historia cultural novohispana. Estos temas fueron tratados en las distintas secciones que conforman el prólogo de la *Bibliotheca Mexicana*, las cuales se podrían dividir, a su vez, en varios bloques temáticos.

Por ejemplo, la primera sección del prólogo es una especie de introducción que cuenta el *por qué* y el *para qué* de la publicación de la bibliografía. Desde la segunda sección y hasta la séptima, Eguiara se dedica a exponer su visión acerca de la producción intelectual en el pasado precolombino, como una antesala del mundo cultural criollo. De la octava a la decimoctava sección, busca demostrar la existencia de una república literaria criolla a partir de ejemplos de los eruditos y de las instituciones educativas, cuyo fin es el de responder directamente a los ataques del deán de Alicante. La decimonovena sección está dirigida a examinar el presente del mundo indígena del virreinato y los problemas que enfrenta debido a la escasez de recursos para su educación. Mientras que la última sección, la vigésima, se enfoca en discutir, de manera metodológica, la línea seguida por su trabajo. Por consiguiente, se podría decir que el prólogo de la *Bibliotheca Mexicana*, además de cumplir la misión asignada por Eguiara de anticipar y sintetizar la finalidad y argumento del trabajo, conforma una obra aparte, un verdadero ensayo.¹⁴ Al respecto, no sería arriesgado proponer que la

¹⁴ Esto ya ha sido señalado por Alicia Flores Ramos, para quien Eguiara fue un precursor de este género en el virreinato. A partir de un análisis discursivo del prólogo de la *Bibliotheca*

obra bio-bibliográfica que le sigue es una extensísima nota al pie de este verdadero manifiesto reivindicativo de la cultura mexicana.¹⁵

Si bien la *Bibliotheca Mexicana* está lejos de ser una historia literaria (como se entiende hoy), sobre todo por la ausencia de una cronología como criterio ordenador de la compilación, el prólogo —y no la compilación— ofrece una dimensión histórico-cultural.¹⁶ Como señala Millares Carlo, esta introducción a la obra compilatoria fue el primer intento en México por sistematizar —aunque de manera sucinta— la producción de conocimiento desde la era precolombina hasta la cultura virreinal (235). Algo parecido apunta José Luis Martínez, para quien el trabajo introductorio de Eguiara fue una suerte de bosquejo de una historia crítica de la cultura mexicana (40). Ciertamente, la intención del bibliógrafo al escribir este prólogo fue establecer que ambos periodos, si bien diferentes, formaban parte de un *continuum* histórico en la producción de conocimiento en el territorio mexicano.

Sin ir más lejos, Eguiara consideraba su trabajo no sólo de carácter bibliográfico, sino también historiográfico, como expresa en un pasaje de la última sección del prólogo. Allí declara que envía su trabajo a la censura inquisitorial para que sean examinadas las obras que compila (por si se encontrara alguna que mereciese ser expurgada), ya que, aclara, “harán cuenta de que es forzoso en quien escribe históricamente dar noticia de cuanto hace relación con su propósito, sin que por ello preste su asentimiento a lo que por sus superiores ha sido condenado” (1996: 224). El pasaje muestra a Eguiara como alguien consciente no sólo de su labor historiográfica, sino también de la separación entre el papel de la fe y el del conocimiento histórico, este último, por supuesto, supeditado al primero. A pesar de ser un miembro de la Iglesia, Eguiara no tiene mayor problema de colgar momentáneamente su atuendo de reli-

Mexicana, la investigadora define tal carácter ensayístico: su aspecto dialógico (constante interpelación a Martí), su no exhaustividad (muchas veces Eguiara deja abierto el debate a la reflexión del lector), su avance argumentativo (se esfuerza por no dejar cabos sueltos en su defensa) y su flexibilidad expresiva, en la que abundan sarcasmos, ironías y diversas metáforas (63-67).

¹⁵ Para el bibliógrafo José Mariano Beristáin y Souza, estos preliminares eran la verdadera respuesta a Martí y que sin la posterior bibliografía “habrían merecido en la Europa más concepto á nuestro autor” (I: 396).

¹⁶ Esta cronología, que no se halla en la bibliografía, sí se encuentra en un trabajo publicado por los mismos años en España: tal es el caso de los diez volúmenes de *Historia literaria de España* (1766-1791), escritos por Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano. No obstante, algunos estudiosos, como Beatriz Garza Cuarón, insisten en que la bibliografía de Eguiara es el primer trabajo de historiografía literaria (552). Para Roberto González Echevarría, la *Bibliotheca Mexicana* forma parte de una tradición de anticuarios y bibliógrafos coloniales que desarrollaron una tarea distinta a los historiadores de la literatura del siglo XIX (877), lo cual se ajusta mejor a las características de la obra de Eguiara.

gioso para vestir el de historiador de las letras y la cultura de México, apoyado, como se verá, por un grupo de letrados criollos.

Una obra colectiva

La escritura de una obra como la *Bibliotheca Mexicana* representó una reflexión no tanto de Eguiara, como del conjunto de la intelectualidad criolla de su tiempo, en torno a las aportaciones del virreinato a las letras universales. Tal y como dice el bibliógrafo en la primera sección de su prólogo, esta obra no fue solamente fruto de un proyecto personal, sino de uno colectivo. Al respecto, explica: “habiendo comunicado nuestro proyecto con amigos sobresalientes a la par por su inteligencia e ilustración, fue decidido que debíamos lanzarnos a la empresa, consagrarle todos nuestros esfuerzos”, con el objetivo “de aniquilar, detener, aplastar y convertir en aire y humo la calumnia levantada a nuestra nación por el deán alicantino” (1996: 59). Estas palabras demuestran la intención que tenía Eguiara al momento de publicar el primer tomo de su trabajo: la finalidad no era otra que destruir la ofensa de Martí punto por punto, sustentando su refutación con las pruebas brindadas por un círculo de eruditos. De esta forma, empresas como la de Eguiara revelan la existencia de una comunidad letrada que compartía conocimientos y hallazgos bibliográficos mediante la comunicación epistolar (Torales: 499). De acuerdo con Mabel Moraña, las *bibliothecae* y otros tipos de bibliografías favorecieron un espacio para el desarrollo de conexiones entre las producciones culturales y las identidades de grupo, lo cual es evidente en el trabajo de Eguiara (262). Veremos que las redes eruditas de Eguiara iban más allá del ámbito novohispano.

La noticia de la elaboración de la *Bibliotheca Mexicana* no sólo corrió entre los residentes de la Nueva España o los de las provincias que caían bajo su jurisdicción, la novedad también se dio a conocer al otro lado del océano. En España, hubo al menos un intelectual novohispano, residente en Madrid desde 1747, que ya sabía de la empresa: es el caso de Antonio Joaquín Ribadeneyra Barrientos, escritor y abogado poblano, quien publicó en Madrid una curiosa obra poética en tres tomos, *El passatempo* (1752-1753), en la cual da referencias de la próxima aparición de la bibliografía. En una nota al pie del segundo tomo, Ribadeneyra se refiere con elogios al esfuerzo compilatorio de Eguiara. Muy pronto —asegura a sus lectores españoles— los literatos de la península verán una muestra de aquella lejana república literaria “en la *Bibliotheca Indiana*, Obra Latina, de aquel Ilustre Varon, honor de nuestra Patria, digno de un Capelo por su nobleza, virtud, y sabiduria, el Doctor Don Juan Joseph de Eguiara, y Eguren” (II: 337-338). Si bien Ribadeneyra confunde el título de la obra, el hecho de que mencione el proyecto de la *Bibliotheca Mexicana* en un trabajo publicado en Madrid da cuenta de la importancia que tenía este esfuerzo compilatorio entre los

letrados novohispanos, aun cuando no formaron parte de quienes aportaron títulos a la bibliografía, como fue el caso de Ribadeneyra.

Dentro del círculo de colaboradores que rodeó a Eguiara y ayudó en la confección de su trabajo, se pueden señalar, en primer lugar, a Diego Bermúdez de Castro y a Andrés de Arce y Miranda. El primero, quien tuvo correspondencia con Eguiara especialmente en torno a asuntos bibliográficos, fue autor de un compendio de escritores poblanos, llamado “Catálogo de los escritores angelopolitanos” (1774), el cual estuvo en conocimiento de Eguiara.¹⁷ Arce y Miranda, a su vez, le envió un manuscrito en 1746 que el bibliógrafo Beristáin consignó en el segundo tomo de *Biblioteca hispanoamericana septentrional* (1816) bajo el nombre de “Noticia de los Escritores de la N. E., remitidas al Sr. Eguiara para su Biblioteca” (II: 275).

Además de ellos, hubo varios colaboradores más que vivían en el territorio virreinal o en otras regiones americanas. Dentro del primer grupo, estuvieron Juan de Escobar y Llamas de Yucatán; desde Sultepec, Felipe Neri de Apellanis remitía sus indagaciones bibliográficas y Agustín María de Luyando hacía lo propio desde Tepozotlán. Las noticias bibliográficas, también corrían desde Durango, gracias a Salvador Becerra; desde Oaxaca, en la persona de Juan de Leiva Cantabrana; desde Guadalajara, gracias a los envíos de Juan Galindo; desde Zacatecas, con Ignacio Calderón; y desde San Luis Potosí, donde residía el franciscano José Arlegui. El comercio literario del bibliógrafo con eruditos de otras regiones posibilitó el envío de información desde Guatemala por parte de José Valenzuela y Juan Miguel de Cartagena; desde Cuba, gracias a los esfuerzos del dominico Juan González de Afonseca; y desde Caracas, en donde residía uno de sus discípulos, Antonio Pacheco y Tovar (Castro: 16-34). Todos estos colaboradores fueron piezas clave en la confección de la *Bibliotheca Mexicana*, se demuestra así, no sólo el carácter colectivo de esta empresa compilatoria, sino las redes que Eguiara tenía en una república literaria que se extendía más allá del virreinato.

Con el mismo espíritu colectivo, Eguiara también se mostraba interesado en expandir el repertorio después de la publicación del primer volumen. Al cerrar la última sección de su prólogo, llama al público a colaborar con el proyecto: pide a todas “las personas cultas” que den “noticia de aquellos opúsculos publicados o inéditos que tu-

¹⁷ Efraín Castro Morales, en su investigación, ofrece los nombres de éstos y otros colaboradores de Eguiara que mencionaré. El ya referido Juan de Villa-Sánchez fue el continuador de la obra de Diego Bermúdez de Castro titulada *Puebla sagrada y profana* (1746), publicada posteriormente en Puebla en 1835 por Francisco Javier de la Peña en la imprenta de José María Campos. Bermúdez de Castro, escribano y notario de la curia poblana, falleció antes de concluir la redacción. Ese mismo año de 1746, dejó manuscrito e incompleto un texto importante para la historia de su ciudad, *Theatro Angelopolitano* (1746), el cual corrió igual suerte y fue publicado parcialmente por el bibliógrafo Nicolás León (121-354).

vieran en su poder o supieren existir o haber existido en otros sitios” (1996: 224), a los cuales espera darles cabida en su trabajo. El llamado de Eguiara apela a su proyecto de formar un archivo literario, una memoria erudita: centralizar los títulos dispersos, impresos o manuscritos, para trazar con mayor detalle, a partir de un trabajo colectivo, los hitos de la geografía letrada virreinal para la república literaria universal. Por este motivo, además de otros, la *Bibliotheca Mexicana* fue escrita en la lengua común de aquella república, el latín.

La lengua de la república de las letras

Los intereses eruditos de Martí no eran un misterio para Eguiara. El bibliógrafo parece conocer al deán de Alicante más allá de sus epístolas, pues sabe de las temáticas de sus obras y de su gusto por las reliquias del mundo antiguo que Roma ofrecía. Martí había escrito varios trabajos inspirados en esas antigüedades y otros con temáticas similares; algunos de ellos fueron: *Soledad* (1682) —una suerte de imitación de las *Soledades* de Luis de Góngora, de las pocas cosas que escribió en castellano—, *Amalthea geographica* (1686), *Sylva de Tyberis alluvione* (1688), *Apasterosis* (1722) y varias otras obras relacionadas con las antigüedades itálicas.¹⁸ Por este motivo, Eguiara critica los intereses eruditos de Martí, pues “habiendo consagrado por entero su erudición y desvelos al cultivo de las lenguas griegas y latinas, a los encantos de la poesía y a la exhumación de las antiguas reliquias romanas, poco se ha cuidado de lo demás” (1996: 59). No cuestiona los gustos de Martí por el cultivo de lenguas clásicas o la poesía antigua en sí mismos, sino porque, supuestamente, al ignorar las cosas relativas a América, había hablado de algo que le sería en absoluto desconocido.

Sin duda, Eguiara no podría haber criticado el interés del deán por las lenguas clásicas debido a diversas razones: el latín, además de ser una de las lenguas sagradas de la cristiandad aún en la centuria dieciochesca (Anderson: 15), constituía la base del aprendizaje escolar, como afirma Françoise Waquet (81). Esta lengua no era un simple medio de expresión, sino parte del aprendizaje que se convertiría, para la vida académica, en un hábito firmemente establecido (Waquet: 89; Moss: 2). Que la *Bibliotheca Mexicana* esté escrita en aquella lengua es también un ejemplo de la adscripción a la larga tradición europea de la “histoire littéraire des sçavants” (44), la cual ha estudiado Cristin en Francia, y que tenía al latín como su lengua propia. Así entendido, este aspecto lingüístico de la obra de Eguiara constituye un intento, como ha dicho Higgins, por “crear una esfera de autoridad” (1996: 77) ante un Martí que admiraba

¹⁸ Un compendio de estas y otras obras de Martí, junto con una síntesis biográfica, se puede encontrar en el trabajo cronológico realizado a mediados del siglo XVIII por el valenciano Vicente Ximeno (250-256).

exclusivamente la Antigüedad occidental. Y, puesto que escribir en latín era una práctica académica común, Eguiara muestra de manera oportuna, que también del otro lado del océano se cultivaba aquella lengua del conocimiento y, por consiguiente, el saber en sí.

La elección de Eguiara y Eguren de escribir en latín su obra dedicada a compilar los trabajos escritos por novohispanos y por escritores avecindados en el virreinato apuntó también a llevar su mensaje a un público más amplio (Rubial: 362). De este modo, todo el orbe letrado sabría de estos trabajos, pues, como apunta Anthony Grafton, el latín, desde Praga a Perú, era la lengua del arte literario y el vehículo de la comunicación científica (151). Junto con éstos, hay otros aspectos implícitos en su decisión de poner la compilación de obras novohispanas en dicha lengua universal: criticar una forma de entender el saber y la erudición y, al mismo tiempo, ampliar el territorio de la república literaria. Con su obra neolatina, Eguiara demostraba que se podía ser latinista sin tener que menospreciar las obras de otras regiones del mundo, que el conocimiento no radicaba únicamente en la exploración del pasado occidental y que el trabajo intelectual no sólo se podía encontrar en las academias europeas.

Un opúsculo de otro autor, incluido como preliminar de la *Bibliotheca Mexicana*, pretendió confirmar, mediante un diálogo ficcional mantenido por tres eruditos europeos, que también en México existían academias que desarrollaban sus debates en torno al saber, al igual que en Europa. Escrita en latín, esta breve obra fue la de un jesuita andaluz, Vicente López, titulada *Aprilis dialogus* o *Diálogo de abril*, la cual se incluyó exactamente antes del inicio del prólogo de la *Bibliotheca Mexicana*. Como veremos en breve, el opúsculo de López fue una representación ficcional de la importancia de Eguiara y su obra para los letrados del virreinato.

La academia imaginada: representaciones de una comunidad letrada

Vicente López había escrito y publicado algunas cosas antes de *Diálogo de abril*. Por ejemplo, además de dictaminar las *Selectae Dissertationes Mexicanae* de 1746 y de ser censor de la propia *Bibliotheca Mexicana*, había incluido, por invitación de Eguiara, algunos poemas latinos como preliminares al tratado teológico. López, al igual que varios de los escritores del virreinato, era devoto guadalupano, de modo que ejerció principalmente sobre este asunto sus intereses como poeta.¹⁹ Junto con este tipo de

¹⁹ Según Tarsicio Herrera Zapién, el papa Benedicto xiv dio en 1754 “un carácter de advocación oficial de la Iglesia romana a la de la Virgen del Tepeyac” (142), con lo cual otorgó, señala Osorio Romero, “oficio y misa para la festividad del 12 de diciembre (148-152). En aquella oportunidad, varios poetas neolatinos escribieron versos en honor a la Virgen, siendo el tríptico de himnos de López —que se puede encontrar en latín y castellano en el estudio de

obras poéticas, López dejó varios manuscritos sobre diversos temas (en su mayoría religiosos), algunos de ellos hoy perdidos.²⁰ Entre estos manuscritos, se conserva una serie de epístolas latinas cruzadas con Eguiara; algunas de ellas son una suerte de borradores del *Diálogo de abril*, lo cual demostraría, como señala Olga Valdés García, que López habría sido uno de los que impulsaron y respaldaron la aparición de la *Bibliotheca Mexicana* (479).

Tal aseveración está basada en la carta escrita en latín que Valdés García comenta en su artículo, remitida por el jesuita al bibliógrafo antes de la publicación de la *Selectae Dissertationes Mexicanae*. La carta, fechada en abril de 1745, tiene algunos pasajes que permiten enterarnos de la postura de rechazo que López mantendrá en su diálogo ante las palabras del deán de Alicante. En uno de ellos, el jesuita manifiesta a Eguiara las acusaciones de Martí, refiriéndose al deán como un “gran sacerdote de la edad antigua”, quien, sin embargo, tenía “tan profunda ignorancia acerca del nuevo orbe” (Valdés: 481).

El opúsculo de López puede considerarse como introducción a la *Bibliotheca Mexicana*, un prólogo del prólogo con que Eguiara inicia su proyecto bio-bibliográfico. El diálogo, cuyos protagonistas son un español, un belga y un italiano, tiene como testigos a “muchos otros alumnos de Apolo y de Minerva” (1), reunidos en una ficticia academia rodeada por un paisaje idílico cerca de la capital virreinal. Este *locus amoenus*, típico espacio de solaz y reflexión en la tradición humanística, presenta, como escribe Higgins, un lugar grato y propicio para el cultivo de la elocuencia y el conocimiento, donde se prepara la futura discusión (2000: 33). A su vez, esta academia podría perfectamente representar el círculo o red de apoyo que rodeó a Eguiara en la confección de su bibliografía: el mismo teólogo y bibliógrafo, como pronto se verá, es una especie de personaje en ese diálogo ficcional entre eruditos.

La obra de López corresponde a un tipo específico de diálogo, el didáctico, pues oscila entre la ficción y la información, en el que tanto los interlocutores como el tiempo y el espacio se encuentran absolutamente relacionados con las ideas y el proceso argumental (Gómez: 13).²¹ Todo ello entra en juego en la obra de López: por un lado, los tres personajes discuten temas concernientes al nacimiento de la *Bibliotheca Mexicana*, como las palabras del deán Martí y la labor de Eguiara para conformar su bibliografía; por otro, la elección de estos personajes, que llevarán adelante el diálogo,

Osorio Romero (148-152) y en el de Herrera Zapién (143-147)— los que lograron trascender en diversas ediciones, incluso en Europa.

²⁰ Tal es el caso de sus tres dísticos latinos a Hernán Cortés, como ha señalado Olga Valdés García (478-479).

²¹ Aunque Jesús Gómez estudia este tipo de diálogo en el Renacimiento español, se puede ver que *Diálogo de abril* comparte características similares a los diálogos didácticos de aquel periodo.

no parece en absoluto azarosa: los tres son representantes de naciones europeas, cuyos literatos habían sido históricamente parte importante de la república literaria. A diferencia de lo que supondría Martí, ellos han mantenido sus ejercicios intelectuales en el virreinato, tal como lo harían en Europa. De acuerdo con Sabina Collet-Sedola (63) y Higgins (2000: 32), la presencia de estos personajes cultos en México son la mejor prueba de que en el virreinato el conocimiento humanístico podía florecer y desarrollarse. Tampoco la elección del género parece casual: el diálogo, además de permitir una entrada más gradual al discurso judicial que predomina en el prólogo de la *Bibliotheca Mexicana*, también pretende envolver en un halo de imparcialidad los juicios que emiten los respectivos participantes de la conversación acerca de la postura de Martí y de la respuesta de Eguiara.

De tal manera, *Diálogo de abril* es uno de los eslabones de la controversia sobre la supuesta inferioridad intelectual americana, pues no sólo cumple el papel de adelantar la discusión polémica de la que pronto el lector se enterará en el prólogo de Eguiara, sino que también constituye un complemento a las palabras del bibliógrafo que intentan deslegitimar la crítica del deán y de todos los que piensan como él.²² Por este motivo, López coloca, astutamente, a los mismos letrados europeos en defensa de los novohispanos, dándole a cada uno cierto papel a representar. Por ejemplo, al iniciar el diálogo, el italiano y el belga —quienes ya conocen las epístolas de Martí, mientras que el español no— son los encargados de exponer los injuriosos dichos del deán en contra de los americanos. López pone en boca del belga —con un halago previo a los españoles, para así evitar generalizaciones— que estas palabras del deán “ni siquiera por él mismo debieron ser dichas, a no ser que se hallara en la más grande ignorancia de las cosas y de los hombres americanos” (4). Así, el jesuita individualiza a su culpable, sin achacarle su error al resto de los españoles ni a los europeos, pues él mismo es un español peninsular, aunque vecindado en la Nueva España.

El personaje del italiano pide al belga que sea él quien dé a conocer al auditorio el contenido de la carta de Martí (4-5). Luego de explicar al público el contenido de aquella epístola, en la que el deán —agrega el belga— “Niega que vosotros tengáis dedicado algún lugar a Minerva o Apolo, niega que entre vosotros florezcan acade-

²² Lo mismo señala Collet-Sedola (57). A pesar de que Antonello Gerbi, en *La disputa del Nuovo Mondo*, no menciona la obra del jesuita ni la carta de Martí (en contadas ocasiones se referirá al prólogo de la *Bibliotheca Mexicana*), analiza las opiniones que tenían muchos europeos de aquel tiempo y de años posteriores no sólo sobre la supuesta decadencia de la naturaleza americana, sino también de los hombres. Uno de los que hicieron eco de esas teorías fue Guillaume Thomas François Raynal en su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (1770), para quien América era, en su totalidad, inmadura, y no sólo porque era occidentalmente joven, sino por vivir un eterno estado de infancia (Gerbi: 48).

mias y liceos”, la reacción de la academia reunida resulta muy elocuente. Como dice la voz narrativa, que a veces aparece en el diálogo: “los oyentes se quedaron estupefactos y los ánimos de todos fueron abatidos por súbita admiración”, ya que no podían dar crédito de que “un hombre nacido en España y cultivado en Roma, donde reinan en gran manera la erudición y las letras, haya tenido en tan gran olvido o ignorancia a la gente de América” (5-6).

Después de describir las ofensas del deán y el posterior abatimiento y asombro del auditorio ante tales palabras, comienza el ataque. Por un lado, el italiano no sólo critica el contenido de la epístola, sino también su estilo latino, pues —señala— “alguno podría dudar si llama griegas o latinas esas epístolas” (7), asunto que no es menor, ya que el latín, como se ha dicho, constituía la base del saber académico. Por otro lado, se declara sorprendido por la respuesta de Eguiara a esa carta, pues conoce al bibliógrafo novohispano únicamente en su faceta de teólogo. Como ni el italiano ni el español saben sobre esta nueva empresa de Eguiara, el belga se ve en la obligación de explicar la génesis de la *Bibliotheca Mexicana*, obra por la que, irónicamente, agradece al deán Martí: “¿Acaso tendríamos tan eximio libro del doctor Eguiara, si el deán alicantino no hubiese presentado en aquella epístola suya la ocasión y las causas de escribirlo, y casi hubiese armado la pluma del autor?” (8). Algunos años más tarde, en 1761, el ya mencionado Andrés de Arce y Miranda también agradece la ofensa del deán, en similares términos, en la dedicatoria a Eguiara del tercer tomo de sus *Sermones varios*: “¡Oh dichoso error [el de Martí]! ¡Oh feliz culpa, que nos acarreaste a tanto bien!” (Medina, VIII: 415).

Para explicar de manera didáctica el nacimiento de la obra de Eguiara, el jesuita López convierte indirectamente al bibliógrafo en otro personaje del diálogo mediante el relato del belga, portador de la voz del jesuita: “Estando sentados en familiar coloquio el doctor Eguiara y yo, y habiendo recaído la conversación sobre las letras, él me leyó, y por cierto sílaba por sílaba, tal epístola del deán”, luego de horrorizarse con las palabras de Martí, alienta al erudito novohispano a escribir una obra que responda a las insultantes palabras de la carta: “¿Por qué —dije— tú, Eguiara, no vindicas estas cosas”, para así demostrar al deán —agrega— “que los estudios de las óptimas letras entre vosotros están en efervescencia y que los mexicanos tienen su Atenas?”. En esta especie de *mise en abyme*, Eguiara entra en el diálogo: el bibliógrafo se excusa de cumplir con la tarea por no tener las fuerzas suficientes para emprenderla, pues no desea que ésta sea “menor que la que fue escrita por Nicolás Antonio en Roma” (9-10).

Usando la voz del belga, López aparece como un impulsor de la *Bibliotheca Mexicana*: el personaje insistirá en que Eguiara lleve a cabo la empresa, recordándole que “ningún género de oficio y mérito hay, que a la patria, que a la República de los eruditos, que a ti mismo vaya a reportar mayor esplendor, gloria y recomendación de fama y nombre” (10). La patria y la república de las letras aparecen como los acicates para em-

prender la tarea de Eguiara. Y como la totalidad del auditorio desconoce la aparición del primer tomo de la obra, el belga los invita a examinarla, para luego ser jueces de la causa que ella defiende y que muy pronto apoyarán (11). De este modo, la *Bibliotheca Mexicana* significaría para el círculo académico novohispano (el real y el simbólico), la llave de la legitimación que les abriría las fronteras del país del saber cerradas por Martí.

Estos pasajes de *Diálogo de abril* de Vicente López son, como la comunidad de eruditos reunida en las afueras de la capital, una representación ficcional de las entretelas que originaron el proyecto colectivo de la obra bio-bibliográfica. Mediante sus personajes, López dibuja una suerte de escenificación del círculo letrado novohispano que impulsó mancomunadamente la tarea que llevó a cabo Eguiara, dando cuenta, de acuerdo con Marcela Suárez, de la existencia de una red cultural bajo una “hegemonía criolla” (116). Como representante de esta deseada hegemonía criolla —al menos desde la perspectiva de los ejercicios literarios—, aparece Eguiara, quien era para los letrados novohispanos uno de los intelectuales más importante de su tiempo y dueño de una serie de exagerados epítetos, como “Dédalo de ingenio”, “sol”, “Escoto del Nuevo Mundo” y “ángel”, entre otros, expresados con indisimulada admiración por los miembros de distintas órdenes religiosas (Rivera: 263-264); quizá varios de estos eruditos habían participado en la academia dedicada a discusiones teológicas que Eguiara había formado en el oratorio de San Felipe Neri (Medina, I: ccxxv). Tal relevancia tenía esta academia para el bibliógrafo que le dedica la segunda entrada de su trabajo, luego de la universidad mexicana (Eguiara, 1755: 11-14). Por su parte, Arce y Miranda, con el fin de resaltar la importancia de Eguiara en esta academia y el respeto que recibía de sus estudiantes, la llama “Academia *Eguiarense*” en su dedicatoria del ya mencionado tercer tomo de sus sermones (Medina, VIII: 412). En la dedicatoria de Arce y Miranda, el bibliógrafo también aparece como eje central de los ejercicios literarios entre los criollos, tal como la obra del jesuita López lo había representado mediante la creación de una academia imaginaria en torno a su trabajo bibliográfico.

No obstante la importancia del bibliógrafo dentro de la comunidad letrada novohispana ya se vislumbraba al menos tres décadas antes de la aparición de la *Bibliotheca Mexicana*. Cabrera y Quintero, también cercano a Eguiara, escribió un largo poema latino en 1725 titulado *Sapientiae sidus* o *Astro de sabiduría*. En esta obra, el poeta se dedica a alabar el conocimiento del teólogo y bibliógrafo con motivo de su promoción académica desde el puesto de “preceptor de la cátedra de Vísperas de filosofía en la Minerva Mexicana” (611) a catedrático de vísperas de teología. En uno de sus pasajes, Cabrera y Quintero define baconianamente a Eguiara como un “emisario de la luz” que brillará “enseñando muchas cosas”, y agrega, con algo de exageración, que “permanecerá en el eje del mundo” (621-622). Si bien es cierto que Eguiara no estuvo en el centro de la república literaria universal, resulta innegable que fue, por aquellos años, el centro de la galaxia letrada de los novohispanos.

Diálogo de abril de López vino a confirmar la consolidación del bibliógrafo como una de las piezas más importantes del engranaje de una república literaria virreinal puesta en marcha hacia su reivindicación. En este diálogo didáctico, por un lado, se sintetizan ficcionalmente todas las variantes que dieron origen a la confección de la bibliografía; por otro, sirvió como una fuente de la autoridad intelectual que Eguiara reunió a través del apoyo real y simbólico de un círculo letrado en torno a su labor bibliográfica. Mediante el uso de la ficción, *Diálogo de abril* dio cuenta de algo que, efectivamente, era parte de la vida literaria del virreinato: la existencia de una red de letrados y la posición que Eguiara ocupaba en ella como la voz autorizada para responder al ataque de Martí. De manera que, el bibliógrafo se encontraba en una posición privilegiada: gracias a sus colaboradores y a la confianza que éstos depositaron en su labor, él era la mano ordenadora del pasado prehispánico y del presente, un arconte de la memoria virreinal; pero también Eguiara representaba, para los eruditos novohispanos de entonces, la encarnación de una idea reivindicatoria y de un proyecto común, como si fuera en sí mismo una biblioteca viva: nada menos que una *bibliotheca* mexicana, una biblioteca sin muros.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict

Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism. London/New York: Verso, 1993.

ANDRÉS, Gregorio de

“Un erudito y bibliófilo español olvidado: Juan Lucas Cortés (1624-1701)”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, volumen 81, número 1 (1978), 3-72.

ANTONIO, Nicolás

*Cartas de don Nicolas Antonio, i de don Antonio de Solis. Añadese una de don Christoval Crespi de Valdau-
ra*. Edición de Gregorio Mayans y Siscar. Lyon: Deville Frères, 1733.

ARCE Y MIRANDA, Andrés de

“Dedicatoria que el doctor D. Andrés de Arce y Miranda hizo del tomo III de sus *Sermones* al doctor D. Juan José de Eguiara y Eguren, 20 de Septiembre de 1760”, en José Toribio Medina, *La imprenta en México (1539-1821)*. Tomo 8. Santiago de Chile: Casa del autor, 1911, 411-418.

BALSAMO, Luigi

Bibliography: History of a Tradition. Traducción de William A. Pettas. Berkeley, California: Bernard M. Rosenthal, 1990.

BERISTÁIN Y SOUZA, José Mariano

Biblioteca hispanoamericana septentrional. México: Tipografía del Colegio Católico, 1883.

BERMÚDEZ DE CASTRO, Diego

Theatro Angelopolitano. Nicolás León (editor), *Bibliografía mexicana del siglo XVIII. Sección primera, quinta parte, A-Z*. México: Tipografía de la viuda de Francisco Díaz de León, 1908, 121-354.

BEUCHOT, Mauricio

“Introducción”, en Juan José de Eguiara y Eguren, *La filosofía de la trascendencia (Selectae Dissertationes Mexicanae, trac. I, dissert. 1-2)*. Introducción, traducción y notas de Mauricio Beuchot. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, v-xviii.

CABRERA Y QUINTERO, Cayetano de

“Astro de sabiduría”, en Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca mexicana. Monumenta eguiarense*. Tomo 5. Compilado por Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, 611-622.

CAMPOS Y MARTÍNEZ, Juan Gregorio de

Oratio apologetica. México: María de Rivera, 1746.

CASTRO MORALES, Efraín

Las primeras bibliografías regionales hispanoamericanas. Eguiara y sus correspondientes. Puebla: Altiplano, 1961.

CHARTIER, Roger

“Libraries without Walls”, en *The Order of Books. Readers, Authors, and Libraries in Europe between the Fourteenth and Eighteenth Centuries*. Traducción de Lydia G. Cochrane. Stanford: Stanford University Press, 1994, 61-88.

COLLET-SEDOLA, Sabina

“Ocios conventuales y defensa de la cultura americana: *El Diálogo de Abril* del padre Vicente López (1755)”, en Florencio Sevilla y Carlos Alvar (editores), *Actas del XIII de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Tomo 3. Madrid: Castalia-Fundación Duques de Soria, 2000, 57-65.

CRISTIN, Claude

Aux origines de l'Histoire Littéraire. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 1973.

CUENYA MATEOS, Miguel Ángel

Puebla de los Ángeles en tiempos de una peste colonial. Una mirada en torno al matlazahuatl de 1737. Michoacán: El Colegio de Michoacán/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999.

EGUIARA Y EGUREN, Juan José de

“Aprobación”, en Ana María González y Zúñiga, *Florido Ramo, que tributa en las fiestas de María Santísima de Guadalupe la Imperial Corte Mexicana*. México: Imprenta del Nuevo Rezado de Doña María de Rivera, 1748.

EGUIARA Y EGUREN, Juan José de

Biblioteca mexicana. Monumenta eguiarensis. Tomo 5. Compilado por Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

[Eguiara et Eguren, Joanne Josepho de]. *Bibliotheca Mexicana sive eruditorum historia virorum, qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam Domicilio aut Studiis asciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt*. Tomo 1. Mexici: Novâ Typographiâ in AEdibus Authoris, 1755.

Prólogos a la Biblioteca Mexicana. Traducción, estudio preliminar y notas de Agustín Millares Carlo. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

“Los Prólogos a las *Selectas Disertaciones Mexicanas*”, en Ernesto de la Torre Villar. *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*. Introducción y traducción de Roberto Heredia Correa. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, 53-87.

“La Universidad de México: texto neolatino de Juan José de Eguiara y Eguren, escrito ca. 1750 para su *Bibliotheca Mexicana*”, en Martha Patricia Irigoyen Troconis (coordinadora), *La Universidad novohispana. Voces y enseñanzas clásicas*. Traducción de José Quiñones Melgosa. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, 131-51.

FIELDS, Sherry

Pestilence and Headcolds: Encountering Illness in Colonial Mexico. New York: Columbia University Press, 2008.

FLORES RAMOS, Alicia

Precursores del ensayo en la Nueva España (siglo XVIII). Historia y antología. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

GARZA CUARÓN, Beatriz

“Historia de la literatura mexicana: hacia la elaboración de historias nacionales en lengua española”, en Sebastian Neumeister (coordinador), *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 18-23 de agosto 1986, Berlín*. Tomo 2. Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft, 1989, 551-558.

GERBI, Antonello

The Dispute of the New World. The History of a Polemic, 1750-1900. Traducción de Jeremy Moyle. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1973.

GIL SAURA, Yolanda

“El deán Martí y el conde de Cervellón. De la Academia de la Arcadia de Roma al exilio austracista en Viena”, en Luis Santiago Sazatornil Ruiz y Frédéric Jiménez (coordinadores). *El arte español entre Roma y París: siglos XVIII y XIX. Intercambios artísticos y circulación de modelos*. Madrid: Casa de Velázquez, 2014, 55-68.

GÓMEZ, Jesús

El diálogo en el Renacimiento español. Madrid: Cátedra, 1988.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto

“Álbumes, ramilletes, parnasos, liras y guirnaldas: fundadores de la historia literaria latinoamericana”, en *Hispania*, volumen 75, número 4 (1992), 875-883.

GONZÁLEZ DE SAN SEGUNDO, Miguel Ángel

“Juan Lucas Cortés (1624-1701): notas sobre su origen familiar y actividad profesional”, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, número 71 (2001), 575-584.

GRAFTON, Anthony

Worlds Made by Words: Scholarship and Community in the Modern West. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009.

GUEDEA, Virginia

“La medicina en las gacetas de México”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, volumen 5, número 2 (1989), 175-199.

HEADRICK, Daniel R.

When Information Came of Age: Technologies of Knowledge in the Age of Reason and Revolution, 1700-1850. Oxford: Oxford University Press, 2000.

HEREDIA CORREA, Roberto

“Eguiara y Eguren, las voces concordantes”, en Martha Patricia Irigoyen Troconis (coordinadora), *La Universidad novohispana. Voces y enseñanzas clásicas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, 85-129.

HERRERA ZAPIÉN, Tarsicio

Historia del humanismo mexicano. Sus textos y contextos neolatinos en cinco siglos. México: Porrúa, 2000.

HIGGINS, Anthony

“La *Bibliotheca Mexicana*: hacia una poética de la legitimidad criolla”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 22, números 43/44 (1996), 77-88.

Constructing the Criollo Archive: Subjects of Knowledge in the Bibliotheca Mexicana and the Rusticatio Mexicana. Indiana: Purdue University Press, 2000.

LÓPEZ, Vicente

Diálogo de Abril. Introducción, traducción y notas de Silvia Vargas Alquicira. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

MARTÍ, Manuel [Martini, Emmanuelis]

Epistolarum libri duodecim. Tomo 2. Mantuae Carpetanormun: Joannem Stunicam, 1735.

MARTÍNEZ, José Luis

“Historiografía de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta Francisco Pimentel”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, volumen 5, número 1 (1951), 38-68.

MEDINA, José Toribio

La imprenta en México (1539-1821). Tomo 1. Santiago de Chile: Casa del Autor, 1909.

MERCADO, Joseph de

“Parecer”, en Cayetano de Cabrera y Quintero, *Escudo de Armas de México: Celestial Protección de esta Nobilísima Ciudad, de la Nueva España, y de casi todo el Nuevo Mundo, María Santísima, en su portentosa imagen del Mexicano Guadalupe, milagrosamente aparecida en el Palacio Arzobispal el Año de 1531*. México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1746.

MESTRE SANCHIS, Antonio

Humanistas, políticos e ilustrados. Alicante: Universidad de Alicante, 2002.

MILLARES CARLO, Agustín

“Noticia biográfica de don Juan José de Eguiara y Eguren”, en *Cuatro estudios bibliográficos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986, 217-336.

MOLINA DEL VILLAR, América

La Nueva España y el matlazahuatl, 1736-1739. México: El Colegio de Michoacán/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2001.

MORAÑA, Mabel

“Formación del pensamiento crítico-literario en Hispanoamérica: Época colonial”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 16, números 31/32 (1990), 255-265.

MOSS, Ann

Renaissance Truth and the Latin Language Turn. Oxford: Oxford University Press, 2003.

OSORIO ROMERO, Ignacio

Conquistar el eco: la paradoja de la conciencia criolla. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

“Jano o la literatura neolatina de México (Visión retrospectiva)”, en *Cultura clásica y cultura mexicana. Conferencias*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 11-46.

RIBADENEYRA BARRIENTOS, Antonio Joaquín

El Passatiempo, para uso de el excelentísimo señor don Manuel Bernardino de Carvajal, y Lancaster, etc. Duque de Abrantes, y Linares, etc., dedicado a el excelentísimo señor don Joseph de Carvajal, y Lancaster, etc. Tomo 2. Madrid: Antonio Marín, 1752.

RIVERA, Agustín

Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España i la Revolución de Independencia. Tomo 2. Lagos de Moreno: Tipografía de Vicente Veloz, 1888.

ROVIRA, José Carlos

“Para una revisión de la polémica mexicana dieciochesca con Manuel Martí, deán de Alicante”, en *Sharq Al-Andalus*, números 10/11 (1993-1994), 607-636.

RUBIAL GARCÍA, Antonio

El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804). México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

SUÁREZ, Marcela

“Tradición clásica y retórica en el *Aprilis Dialogus* de Vicente López. La construcción de un espacio de autoridad”, en *Auster*, número 13 (2008), 115-126.

TAYLOR, Archer

A History of Bibliographies of Bibliographies. New Jersey: The Scarecrow Press, 1955.

TORALES PACHECO, María Cristina

“Las *bibliothecas*, tesauros literarios del siglo XVIII”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina (coordinadores), *Historia de la literatura mexicana. Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*. Tomo 3. México: Siglo XXI, 2011, 497-524.

TORRE VILLAR, Ernesto de la

“Antecedentes de la réplica de Eguiara. Juicios críticos sobre la *Biblioteca*. Prosecución de la disputa”, en Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca Mexicana*. Tomo 1. Prólogo y traducción de Benjamín Fernández Valenzuela. Estudio de Ernesto de la Torre Villar. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986a, cccxiii-cccxlvi.

“La *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara. Origen, contenido y valor”, en Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca Mexicana*. Tomo 1. Prólogo y traducción de Benjamín Fernández Valenzuela. Estudio de Ernesto de la Torre Villar. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986b, ccxiii-ccxcv.

“Defensa y elogio de la cultura mexicana”, en Ernesto de la Torre Villar (coordinador), *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, 133-49.

VALDÉS GARCÍA, Olga

“El humanista Vicente López (s. XVIII). Una carta inédita”, en Abraham Sánchez Flores (coordinador), *Memoria XVIII Encuentro de Investigadores del Pensamiento Novohispano, Universidad de San Luis Potosí*. San Luis Potosí: Secretaría de la Cultura de San Luis Potosí, 2005, 478-483.

WAQUET, Françoise

Latin, or the Empire of a Sign: From the Sixteenth to the Twentieth Centuries. Traducción de John Howe. New York: Verso, 2001.

XIMENO, Vicente

Escritores del Reyno de Valencia. Tomo 1. Valencia: Joseph Estevan Dolz, 1747, 250-256.

